

B. Vicuña Mackenna y J. V. Lastarria

## Los antecedentes del movimiento literario de 1842

(Recuerdos e impresiones)



ENTRE las cosas fáciles que yo conozco, ninguna me lo ha parecido más que mostrarse erudito sin serlo. Como el Presidente de Chile, don Manuel de Amat, decía que para ser canónigo se necesitaban sólo tres cosas, de las cuales una no puedo nombrar y las otras eran «tener voz y sentarse», así para ostentar ante el vulgo sabiduría basta un poco de impavidez, un par de enciclopedias y mucho papel. Pero desde muy temprano cúpome en suerte descubrir el secreto de este género de imposturas, y las tomé en hastío. Ocurrióme esto con un infeliz manuscrito en que el texto había sido escrito antes que las notas y las citas, dejando a ambos lados de aquel ancho margen para estampar unas y otras *a posteriori*, y en seguida el autor había puesto manos a la obra, intercalando sin ton ni son cuanto latín añejo encontrara en los armarios de su biblioteca; por manera que así como hoy las notas son para los escritores de conciencia los estribos invisibles de sus libros, de igual manera para los ilustres majaderos que nuestros abuelos reconocían como admirables ingenios, los libros no eran sino el andamio de su ignorancia y su pedantería. Otro sistema recomendaba Gil Blas, y era el de cierto amigo que publicaba sus obras arrancando a la ventura una o dos hojas a un centenar de libros y poniendo a cada cual la nume-

ración y el nombre de un capítulo, dándolas inmediatamente a luz con el título de *Miscelánea* u otro parecido...

No haremos, por tanto, lo uno ni lo otro en estas humildes hojas, trazadas casi siempre a la carrera, «con el pie en el estribo» y que van ligeras más allá de los mares en demanda de benévola, pero efímera publicidad. Escribimos sólo, a medida que la tela pasa delante de nuestra pluma, unas cuantas reminiscencias, despertándolas de los rincones de la imaginación en que yacen dormidas como los pajes del obispo Villarreal en la noche del «temblor de mayo»; comunicaremos a nuestros amigos las impresiones recibidas al pasar en la locomotora de los viajes, agruparemos unos pocos nombres más o menos conocidos, y todo esto honradamente, sin intención de daño ni alabanza; como quien estando en guerra de derecho habla de trincheras a trincheras con un antiguo camarada sirviendo en opuestos pendones.

Y a fin de hacer más transparentes nuestras impresiones sobre la España literaria actual, allá en el apartado extremo del mundo a que van dirigidas, permítasenos comenzar con el recuerdo de lo que era aquella entre nosotros cuando comenzamos a tener literatura propia y aquélla a perder a girones la suya antigua y magnífica.

Por los años de 1840 a 1845 todo era español en Chile, en materia de inteligencia, de estudios, de libros, de textos; hasta las plumas de ganso y el papel florete... El insigne literato español (que allá llamábamos *gallego* porque era andaluz) (1) don José Joaquín de Mora inició esta especie de contrarrevolución intelectual, después del trascendental transtorno de 1810, fundando por el año de 1828 el memorable *Liceo de Santiago*. Púsole remate en 1840 el famoso tipógrafo Rivadeneira (2), reim-

---

(1) Había nacido en Cádiz.

(2) Fué el impresor más tarde de la célebre colección de *Antares Españoles*. Residió en Valparaíso. Las ediciones de Rivadeneira constituyen la época de oro de la tipografía chilena.

primiendo en Valparaíso, con los mismos tipos que dan vida a estas cartas, en ediciones admirables de corrección y de limpieza, algunas de las obras más populares de la Península, como las de Larra y Espronceda. Todo era, en consecuencia, peninsular en el dominio de la literatura. Españoles los maestros, españoles los libreros, españoles los autores, porque se enseñaba. Eran los grandes días de Hermosilla y Gil y Zárate, de Salvá y de Balbuena.

El teatro era también eminentísimamente español. Palpita todavía dentro de mi pecho la emoción profunda con que, trémulo en la dura banca del teatro de la Universidad, vimos por la primera vez, hacia el año de 42, representar a Jiménez el *Pelayo* de Quintana. Parécenos aún ver su bruñida armadura y su penacho de negras plumas y sus manoplas y su acero. Quién no asistió entonces alguna vez a la *Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, cuando nuestro compatriota Alonso subía al patíbulo exclamando en cada grada: «¡Laura! ¡Laura!» Quién no volvía al colegio repitiendo el *Más*, se engaña, vive el cielo! del *Mazanielo* de Gil y Zárate o las trovas ardientes del *Macías* y de los *Amantes de Teruel*? ¿Quién no se llenaba la boca con las peroraciones de Olózaga en los cafés y con las arengas fulminantes de don Joaquín María López en las cortes? ¿Quién no sabía de memoria el *Adiós a Silvia* de Arriaza y los repetía en todas las ausencias? . . . ¿Quién, allá en los días del estío y del feriado, a orillas del estero, bajo la sombra de la patagua o de la higuera, no puso en alguna siesta bajo sus inflamadas sienes el *Moro expósito*, para soñar con los siete infantes de Lara y su vengador Mudarra? ¿Quién no juntaba pacientemente las semanas de muchos meses para comprar *La Historia del levantamiento y la revolución de España*, del conde de Toreno, que Yuste vendía en tres cuartos de onza? ¿Quién no habría dado un ojo de la cara por ser el amigo de Bermúdez de Castro y pasearse ufano, engarzado de su brazo, en la Alameda? Pues imberbe conocí yo al que hoy ca-

sado con hermosa y rodeada de rubios chicuelos fingió el nombre de aquel poeta para dar mayor dolor y realce a sus conquistas. Fué entonces cuando Zorrilla mereció los honores de que sus obras fuesen publicadas por entregas (gran innovación en nuestro arte tipográfico) y que, a la par, la imprenta del *Progreso* hiciese una edición de lujo del *Protestantismo* del ilustrado Balmes.

En cuanto a lo que no viniera en cajones y baúles de la Península, era fruta vedada para nosotros. Recuerdo que para un curso de veinte o más alumnos de metafísica sólo había un texto de Jerusey, y de él íbamos copiando cada cual llegándole el respectivo turno.

Eran aquellos los días en que el fervoroso presbítero Irrázaval tronaba desde su púlpito popular contra Voltaire, Montesquieu y Rosseau, y también contra *Lataste*...

Ahora lo que fuera recibir la influencia de la literatura alemana, era ésta como cosa de limbo, y respecto del inglés nos hallábamos poco más o menos como en la época en que cuentan que habiendo llegado a Santiago una carta en este idioma, después de hacerla viajar por toda la costa de Copiapó a Chiloé en busca de un traductor, hubieron de devolverla a Inglaterra sin que nadie acertase a descifrarla. Antonio Nebrisensis y don José de Hermosilla eran nuestros reyes, después de haber destronado a los Borbones.

Mas por esos mismos tiempos abriéronse casi a la vez dos puertas a la luz. Por el oriente llegaron los emigrados argentinos, empapados hasta la médula de los huesos en la corriente deslumbradora de las ideas francesas que hasta hoy dominan soberanas en el Plata como en caso propio. Por el poniente, (circunstancia al parecer efímera, pero en el fondo de trascendencia colosal) establecíase la carrera de vapores del Pacífico, que nos ponía al habla, breve y directa, con la Inglaterra y con la Francia.

Comenzaron entonces a llegarnos en abundancia libros extranjeros, y especialmente del último país. M. Portey abrió su librería en la calle de la Compañía y M. Gerard en la de Ahumada.

Don Narciso Cueto hizo viaje expreso para llevarnos las obras más recientes a su librería, esquina de la plaza y la Merced.

Llegó a poco Vendel Heyl, y su enseñanza acabó de adelantar la revolución literaria que había iniciado el ilustre Bello. *El Semanario de Santiago* es la aurora de esta regeneración en nuestras incipientes letras. Poblóse entonces el teatro de producciones francesas y ya no gustaba Breton por Víctor Hugo, ni Hartzenbusch por Dumas. El mismo Bello, a pesar de su rigidez escolástica y de sus venerables canas, tradujo como un mozalbete a *Teresa* y escribía con sus imberbes discípulos en el *Crepúsculo*. La escuela romántica nacía en pañales de oro.

Vino después Bilbao, como el deslumbrador vocero de Lammenais, y su condenación por el jurado formó la aureola de la nueva secta.

Fué aquella la época de los suspiros y las palmas, del capus y de los bichos, de la sombra fatal y las melenas. Todos llevaban éstas a cual más espesas, y con sólo encresparlas los domingos ganó en tres años cien mil francos el peluquero Herau, con los que compró una hacienda de viñas cerca de Burdeos.

Dos libros grandiosos acabaron de consumir ese trastorno, porque no sólo fueron leídos, sino devorados por la juventud: el *Libro de los oradores* de Timón y los *Girondinos* de Lamartine.

Hágase una estadística de los estantes de Santiago, y sería casi seguro que esos libros no faltan ni aun en los más pobres. La revolución de 1848, hija en gran manera de las páginas sublimes del último de aquellos portentos, fué para nuestros cerebros la antorcha de aquella luz de profundas mudanzas que

desde fines del último siglo habían columbrado, más allá de las brumas del océano, algunos de nuestros abuelos.

No es posible ocultarlo: la influencia de la literatura francesa nos emancipó de la rutina. Don Andrés Bello, que no había pisado un solo día el suelo de la Península, inició esta cruzada con sus textos de enseñanza, tan brillantemente continuada por sus malogrados hijos. Lastarria siguió sus huellas y casi se puso a su altura como propagandista y como maestro. Después cada cual arrió su piedra al edificio común. Martín destruyó con su texto de ética a los peripatéticos. Donoso puso en paz a Devoti y Cavalario, que se andaban a mojicones en la cabeza de los pobres estudiantes. Diego Barros ha escrito un nuevo curso anti-español de literatura. En una palabra, nuestra independencia intelectual estaba consumada cuando se oyó el tiro que mató a Pareja, como cuando muriera con parecido fin su antecesor dal mismo nombre, la independencia territorial entraba en su primer período de vida.

¡Y bien! Descendiendo ahora de la región de las reminiscencias a que habíamos remontado el vuelo con amor, para tocar en el terreno de nuestras actuales sensaciones, ¿qué encontramos de aquella antigua grandeza literaria de España, resplandor que iluminó los primeros albores de la nuestra? ¡Ay! sólo sombras, ruina y el más profundo cuanto melancólico desengaño.

Ya lo había dicho antes que nosotros el inmortal poeta español cuya dolorida pero sincera estrofa hemos puesto de significativo epígrafe a esta carta. Ya lo había dicho el escritor osado que sostuvo con indudable exageración que España no había tenido sino un siglo, un rey y un libro, cuyo era el Quijote. Ya lo había dicho, por último, con amarga y casi sangrienta ironía el más ilustre de los prosistas modernos de la España, cuando con su lúgubre carbón iba Larra escribiendo en la fachada de los edificios públicos de Madrid la impotencia de su suelo; y en la puerta del teatro: «Aquí yacen los ingenios es-

pañoles» y en la de los ministerios: «Aquí yace media España, murió de la otra media».

Sí: como literatura original, vivificadora, manifestación animada del genio o la virilidad nacional, y susceptible por tanto de irradiarse hacia el exterior, la literatura española está muerta y sepultada. Ha perdido su corona, su senda, sus obreros. Así como en esas portentosas vías con que los romanos surcaron todo el territorio del viejo mundo sujeto a sus águilas, sólo quedan hoy de pie sus piedras milenarias Mariana y Lópe, Calderón y Herrera, Cervantes y Rioja, Alarcón y para nosotros, humildes espumadores, el más grande de todos los escritores españoles en el presente y los pasados siglos: el que fué a su vez el Rabelais y su Voltaire: el que no ha tenido ni tendrá tal vez imitadores; don Francisco de Quevedo.

Pero yo no me refiero en mis impresiones de hoy, ciertamente, a esa España de glorias para siempre imperecederas, y que no son sólo glorias propias sino del mundo, y tan suyas como nuestras, porque son de nuestra lengua; ni siquiera al período ya de decadencia pero todavía brillante, que simbolizaban, a principios del siglo Jovellanos, Quintana y el divino Argüelles; ni tampoco a la que no ha mucho tenía por representantes a Alcalá Galiano, a Toreno y a Martínez de la Rosa, cuyas últimas soñolientas lecciones alcanzamos a escuchar en el Ateneo de Madrid, cuando ya sus labios estaban trémulos y los ojos hundidos en las canas (1859). No es tampoco nuestro propósito juzgar a ilustres si bien recientes muertos, como Donoso Cortés, don José Joaquín de Mora y el ilustre Duque de Rivas, arrebatados sucesivamente a las letras españolas en 1863, 64 y 65. Nuestro propósito, si bien superficial y de conjunto, es puramente de actualidad. Por esto no haremos sino inclinarnos delante de (a nuestro juicio) los más grandes nombres del siglo, entre los literatos españoles: Larra, Espronceda y Jaime Balmes, todos arrebatados a su gloria como esas flores que sólo lucen en la palidez del alba y se esconden o pere-

cen con la luz en la alborada lozana de su vida y de su genio. Larra tenía sólo 28 años cuando puso fin a sus días. Espronceda tenía 33. Balmes 38. Ciñéndonos, pues, estrictamente a la actualidad y penetrando en el recinto donde se albergan las más encumbradas inteligencias literarias de la Península, ¿a quiénes vemos sentados en los treinta y seis sillones de la Academia Española? Desde luego a ningún hombre de verdadero genio por la originalidad y el alcance, con la excepción escasa de Bretón de los Herreros, su secretario perpetuo pero que ya no vive sino que agoniza. Entre los otros hay hombres verdaderamente distinguidos, como su actual Presidente Roca de Togores (el conde de Molins), literato de galano decir y de vastísima erudición; como Ferrer del Río, autor de la *Vida de Carlos III* y uno de los mejores críticos a la par que el más gordo entre sus no endebles colegas; el pacientísimo escudriñador Aureliano Fernández Guerra y Orbe, cuya edición del *Quevedo*, en colección de Rivadeneira, es por sí sola un monumento de investigación y laboriosidad literaria, como Puezuela, traductor clásico del Tasso, como Hartzenbusch, en fin, cuyo pequeño cuerpecito (antítesis del de Ferrer) parécenos más apropiado a su verdadero mérito que a su fama.

Pero fuera de esos nombres, ninguno de los que alcanza a constituir una gloria tan alta que rebalse los Pirineos y sea por tanto de fama y autoridad europea, ¿con cuáles figuras se completa el cuadro? ¿Con la de don Eugenio de Ochoa, simple traductor y compaginador de libros ajenos? ¿Con la de don Patricio de la Escosura, cuyo indudable pero desarreglado y versátil talento, no le ha permitido jamás hacer nada acabado? ¿Con la de don Mesonero Romanos, que no ha escrito sino sus artículos del *Curioso Parlante* haciendo del estudio urbano de Madrid su única especialidad literaria? ¿Con el humanista Segovia, el estadista Olivar, autor de una *Cuartilla Agraria*; con el escritor de higiene y textos mil, Monlau? ¿Con los sabios de convención, en fin, que han entrado por la puerta fal-



sa de la política como Nocedal, Olózaga y el mismo González Bravo, cuyo más alto timbre literario es el *Guirigay*, periódico de inicuas e impuras desvergüenzas? Con el mejor título habría entrado en este sentido Villeragas e Igual de Izco.

Para nosotros, y aun que parezca a muchos un desacato, los asientos allí mejor ocupados son los que en los últimos años han correspondido a los más jóvenes de los académicos. queremos decir a don José Selgas y Carrasco y a don Severo Catalina. Y decimos esto porque entre los infinitos escritores de asiento en carga que pululan en España, ellos son los únicos que han roto la barrera de la rutina y escrito algo, con mayor o menor tino, pero con indisputable originalidad. Bajo este mismo concepto merecía una poltrona, con iguales títulos que aquéllos y acaso mayores, Emilio Castelar, otra de las constelaciones que sin usar telescopio pueden verse desde Chile en el nebuloso cielo de la España.

Pasemos de la academia al teatro. ¿Cuáles son sus grandes ingenios, sus maestros, sus fundadores de escuela? La misma esterilidad, igual e irremediable desaliento. En los más notables y de mayor fama se ve lucir un vívido lampo, y después denso manto de sombras vuelve a enlutar la escena. Así, García Gutiérrez, que va a tener en breve sesenta años, se ha quedado desde su magnífico estreno de 1836 con solo su admirable *Trovador*. La fama de Camprodón no ha pasado de *Flor de un día* y la de Eguiluz de la *Cruz del Matrimonio*. López de Ayala saltó del *Tanto por ciento*, su único triunfo de escena, al ministerio de Ultramar, como Catalina había recibido por su *Mujer* otra cartera. Por último una de las más floridas esperanzas del teatro español, Florentino Sanz, decorado por la pereza propia y el desmayo de todo lo que le rodea (enfermedad española como la capa) se ha escondido del mundo y olvidándose en mala hora que fué el autor de don Francisco de Quevedo.

A la verdad, fuera de Mariano Luis de Larra, que ha heredado algunas fulgurosas chispas de la centella de su padre, sobrepujando en juicio y laboriosidad, y sin unos dos o tres principiantes, más o menos de sus fuerzas, el teatro español estaría hoy entregado a las incípidas *doloras* pretenciosamente clásicas de Campoamor (la última ha sido sobre la guerra entre Francia y Prusia) y a los dramones por el estilo de *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.

Y digamos aquí de paso que esta última pieza, según una singular costumbre, ya inveterada en España, se representa en todos los teatros en la noche del día de difuntos, a título de *drama religioso*.

Así, al menos, lo anunciaron el 2 de noviembre último todos los carteles, desde Pamplona, donde la vimos asesinar, hasta Cádiz, en cuyos cinco teatros se dió a la vez. Apuntemos también aquí que Campoamor y Zorrilla son miembros de la Academia Española, bien que el último, cuya ausencia de España ha durado dieciocho años *no ha querido* ha su vuelta recibirse.

Digamos ahora dos palabras sobre los novelistas.

Los más leídos, aquí como en Chile, son Fernández y González y Pérez Escrich, y tanto lo es este último en nuestra tierra, que hemos visto en Madrid facturas enviadas por un inteligente librero de Valparaíso, en que, a cajón cerrado, pide se le envíen por vapor ejemplares de toda obra que este autor publique.

No abriremos, empero, juicio sobre estos escritores, porque confesamos no haber visto de algunos de sus libros sino la carátula: pero personas que conocen a ambos suponen al primero ya completamente agotado por el uso de los estimulantes, el pesar de una tenaz ceguera y otras tristes dolencias...

Pérez Escrich, al contrario, vive ordenadamente en un pequeño pueblo llamado Pinto, a media hora de Madrid, y encuentra solaz y labor para sus páginas místico mundanas.

Me han asegurado que la producción suya de que vive más ufano es de la del *Mártir del Gólgota*. De igual opinión, parécenos, serían sus lectores de Chile si las llamasen a escrutinio.

---

J. V. Lastarria

## EL ORIGEN DEL MOVIMIENTO LITERARIO DE 1842

En una de sus *Cartas de Guadalete*, he leído que usted dice «que por los años de 1840 y 1845 todo era español en Chile en materia de inteligencia, de estudio, de libros, de textos; y que el insigne literato español don José Joaquín de Mora fué el que inició esta especie de *contrarevolución intelectual*, después del trascendental trastorno de 1810, fundando en 1828 el memorable *Liceo de Santiago*». Haciendo la historia de esta desgraciada reacción, sostiene usted que Antonio Nebrisensis y don José Hermosilla eran nuestros reyes después de haber destronado a los Borbones, y que su desaparecimiento se ha debido a la revolución literaria iniciada por el ilustre Bello, y acompañada de dos acontecimientos al parecer insignificantes, la llegada de los emigrados argentinos y el establecimiento de la carrera de vapores en el Pacífico. «No es posible ocultarlo, exclama usted la influencia de la literatura francesa nos emancipó de la rutina. Don Andrés Bello, que no había pisado un solo día el suelo de la Península, inició esta cruzada con sus textos de enseñanza, tan brillantemente continuada por sus maglados hijos...»

Nada más inexacto que todo esto. Usted ha hecho una innovación a la prusiana en la historia literaria de su país, como las que ha solido hacer en su historia civil: pues precisamente don Andrés Bello es el corifeo de la *contrarevolución intelectual*

que usted atribuye a Mora, y éste es uno de los que años anteriores habían iniciado la cruzada literaria que usted cuelga a don Andrés.

Esa cruzada literaria principia, señor Vicuña, en 1826, con M. Lozier, sabio académico francés, puesto entonces a la cabeza del Instituto Nacional. Es cierto que este sabio francés, perdió en poco tiempo su puesto porque los alumnos, acostumbrados a la férula se revolucionaron contra el Rector que venía a tratarlos con afabilidad y dulzura: pero afortunadamente en ese corto tiempo prendió la luz en las inteligencias elevadas de ciertos jóvenes distinguidos que, merced a su posición en el Instituto, pudieron realizar el movimiento impreso por el noble académico. Así es que en 1827 ya se desterraba del Instituto al Nebrisensis, y don Pedro Fernández Garfias iniciaba la enseñanza del latín por Lhomond publicando su librito de *terminaciones latinas*, sacadas del *Rudimento* de Lhomond según el método de Ordinaire: su traducción del método de enseñanza de las lenguas por J. J. Ordinaire, su librito de *Nomenclatura*, su *Manual del Monitor* o tabla analítica de las materias de gramática latina de Ordinaire, y su *Suplemento* a la segunda parte de la gramática latina del mismo.

Al propio tiempo, para desterrar a Lugdunense de las aulas, y el *Tractatus de relógica, metaphisica et morali, profiliis et alumnis instituti nationalis Joacobo Politanoe erudicudis* de don Joanes de Egaña, don J. Miguel Varas, publicaba en 1828 las *Lecciones elementales de moral*, y a los pocos meses, en unión con don Ventura Marín, ambos profesores del Instituto, daba a luz sus elementos de ideología.

Este movimiento de la enseñanza en el Instituto, que no se limitaba al latín y a la filosofía, y que se extendía al estudio de la literatura por H. Blair, del derecho natural y de gentes por Burlamaque y Vattel, de la Economía Política por Say, etc., era paralelo con el que iniciaba en 1829, en el Liceo de Santiago, don José Joaquín de Mora, y al mismo tiempo con

el que fomentaban los franceses que fundaron en aquel mismo año el colegio de Santiago.

Para que usted se persuada de que no es Mora el autor de la reacción literaria española, no tiene más que ver el plan de estudios del Liceo, en el cual por primera vez en Chile aparecen los estudios de humanidades divididos en cinco años y basados sobre los estudios científicos que dirigía don Andrés Gorbéa. Al mismo tiempo que se enseñaba la gramática latina no por Nebrija sino por Mora, el francés, la geografía, la historia, la literatura francesa y la española, la gramática castellana, la filosofía por las inmortales lecciones de Laromiguiere, se enseñaban las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial e integral, la física, incluyendo la óptica, que en el día no se enseña en el Instituto la química y la astronomía. Las lecciones de elocuencia y de literatura, las de gramática y de geografía, así como las de derecho se hacían por textos escritos expresamente por el mismo señor Mora, que habiendo completado su educación en Inglaterra, introducía por primera vez en la América las doctrinas de Benthan, en el derecho, y dejaba muy atrás todas las reminiscencias españolas en la enseñanza literaria.

Como no tengo el ánimo de hacer en esta carta la historia de nuestra enseñanza, me limitaré a indicar a usted que todo aquel gran movimiento de progreso y de emancipación de la inteligencia comienza a declinar con la presencia de don Andrés Bello en nuestras aulas hacia el año de 833, al revés de lo que usted asegura. Entonces aparece el derecho romano como estudio forzoso, y el señor Bello lo enseñaba por Vinnio, tal vez porque Mora había dicho que: «la preferencia dada a Vinnio en las universidades españolas prueba el perverso gusto que dirigía en ellas los estudios jurídicos. Vinnio es un disputador eterno, un compilador de mal gusto. Heinécio es un expositor claro y luminoso, profundamente sabio, pero templado en el uso de la erudición». Mora enseñaba, en su curso de derecho

del Liceo una idea exacta y compendiosa de la legislación romana, «hablando históricamente como habla Heinecio, decía él, no como otros juristas, transportando lo que fué entonces a lo que es hoy día», en tanto que Bello nos implantó el curso de dos años por la instituta y por el Vinnio, y dió la preferencia en derecho civil, al Pavorde Sala, y en literatura a don José de Hermosilla, y concluyó por inspirar aquel furor en que todos se consagraron al estudio de los clásicos españoles, y al de otros que estaban muy lejos de favorecer el desarrollo democrático y la emancipación de la inteligencia,

Así, pues señor Vicuña, esa revolución literaria que usted encontró triunfante en 1840 es la obra de don Andrés Bello y no la de Mora: y si hubo alguno que se escapara de ella fué precisamente Lastarria, a quien supone usted siguiendo las huéllas de don Andrés Bello, cuando como discípulo predilecto del gallego, no ha hecho otra cosa que trabajar, como éste, en llevar a término aquel gran movimiento progresivo de 1828. La emigración argentina, cuya influencia usted falsifica se espantó entonces del retroceso de nuestra educación, y no fueron, pues, los discípulos genuinos de Bello los que vindicaron nuestras letras del desdén de los emigrados, sino los de Mora y los del Instituto Nacional, a quienes había alcanzado el impulso de Lozier.

Por ahora, basta con estas reminiscencias, que son exactas y que están comprobadas por la prensa de la época. No es posible, señor Vicuña, que un historiador venga a cambiar los papeles, como usted lo hace, ni es justo que usted venga a apoyar y autorizar las falsedades que en estos últimos tiempos han comenzado a propalarse sobre la historia de nuestra enseñanza y de nuestro desarrollo literario, atribuyendo el progreso a hombres y sucesos que, si no lo han contrariado no tienen en él la parte que se les da tan generosa, como falsamente.—

*Un profesor del Instituto.*

J. V. LASTARRIA.

(«El Ferrocarril»), Santiago, febrero de 1871.